"Del monte y los caminos"

Nicolás del Hierro

Conocí a Antonio Pereira en el café Gijón hace ya casi tres años. Creo que fue José García Nieto quien nos presentó. Y aquella presentación, aquella tarde, bastó para saber que hallé un amigo. Porque, ante todo, Antonio Pereira es eso, un hombre, un amigo.

Hacía poco tiempo que había publicado yo "Profecías de la guerra" 'Y quedé en mandarle el libro a León. Fue el libro, y, luego, vinieron y fueron unas cartas. Nos vimos unas veces en Madrid, y me sorprendió el envío de su libro "El regreso", publicado en la Colección "Adonais" en 1964. Otras cartas, otros libres, otros encuentros, hasta que, hace unos dos meses, otra tarde, en el Ateneo, me dijo que tenía para salir su libro "Del monte y los caminos", finalista, en reñida lucha con el ganador, del premio "Guipúzcoa de Poesía 1964". Me prometió el envío del mismo, y, hace unos días, me llegó, en efecto, el ejemplar,

No quiero, no intento, traer aquí un análisis del libro, porque, lo primero, no sé si tengo fuerzas para conseguirlo, y, lo segundo, porque, quizá, al hablar de un amigo, no le diría, por prudencia en él, las cosas que merece. Voy, esto sí, a defender la humanidad de este amigo, de este hombre, y que los criticas analicen su obra.

Pereira nace en León, en Villafranca del Bierzo, y todo León está vivo en los versos del poeta. Generalmente la inquietud temática entre los poetas de hoy, es el hombre. Y sí aseguro que Antonio, antes de nada, es hombre, no puede dejar escapársele esta necesidad. Y hace su poesía para ellos, para nosotros, para todos. No voy a decir que hace poesía social, porque hay quien concede demasiada importancia al calificativo y no quiero equivocaciones. Pereira hace poesía humana, que es, de verdad, la que necesitamos. No es lo mismo atacar con odio que defender con amor. Por fortuna parece que nos vamos dando cuenta. Aunque aquí pase como en los colegios; hay niños que se aprenden pronto la lección y hay otros que les cuesta mucho, pero ya es cuestión de tiempo. Antonio pone la lección de su vida en verso, y ama, ama con ese corazón grande que se le adivina en su trato, que tiene de verdad. Y sabe que "cuesta abrirse trabajo en la materia", y dice "creed en mi palabra". Y es verdad que lo siente y ha puesto todo

su corazón ahí.

A nuestro juicio, si hubiéramos de ponerle algún reparo, es el localismo. Pereira enmarca su libro con su comarca (perdón por la consonante). La montaña, la nieve, el viento, la vida toda de León, del hombre leonés impregnan los poemas; es como una constante del poeta. Claro que al convertir esta constante en favor del hombre, en fuerza humana, en necesidad de vida, el localismo se nos borra.

Lo que hace falta es tener la convicción de que el hombre, el ser humano, necesita el mismo amor en la montaña leonesa, como en los llanos de la Mancha o en la salina andaluza, y dárselo. Dárselo sin esa oculta ponzoña conque, a veces, se visten las palabras, y Pereira está convencido y lo sabe dar.

Si tuviéramos que destacar alguna parte del libro nos quedaríamos con la primera. Sin embargo, para muestra del hombre y del poeta, destacamos un poema de la segunda; el que lleva el número 3.

Pero decidme, a veces, qué se puede

hacer con sólo el canto. Cuando gime

una mujer de noche: aquella misma

que iluminaba los alrededores

con el rojo voraz de su corpiño

y ahora está malparida, flor de espanto,

vientre en hervor al filo de la luna.

Porque a veces no es fácil la llegada

de la luz, y ninguno soñaría

que después de este trance se volviera

a ver el sol temblando en los tejados.

Aquí siento vergüenza de mi oficio

de cantor y reclamo una herramienta

para romper el paso, brazos rudos

con que palear la nieve, y el esfuerzo

para portar un cuerpo por el bosque

de las sombras, como un árbol herido;

¡Pido un camino para hacer más corto

el grito de pelea hacia la vida!